

Intervención: trabajo sobre lo negativo

*Claudia M. Salazar Villava**

Entre Babel y el silencio

¿PORQUÉ INTENTAR ELUCIDAR la cuestión de la intervención? ¿Es la intervención acaso, una cuestión? En una escena, la torre de Babel y la discusión acalorada. Es la escena del diálogo —aunque feroz— simulado, de la incompreensión mutua; del acaloramiento en el sin sentido del intercambio; de la imposibilidad de dar entrada al discurso del otro, discurso extraño para oídos que solo reconocen su propio idioma. *No se entiende nada.*

En otra escena no hay discusión sino ensimismamiento silente, porque los actores se refugian en una trinchera que les otorga su peculiar forma de apropiación disciplinaria de la intervención como asunto, que hace parecer innecesario todo intento por esclarecer lo que ha sido colocado como lo *que ya se sabe.*

Para colmo, una tercera escena en la que es posible sostener que como cuestión, la intervención ni siquiera puede plantearse porque no alude a nada en particular sobre lo que pueda reflexionarse. *Nada habría allí para saberse.*

Sin embargo no creo que sea así. La intervención como asunto, señala una perspectiva respecto de las acciones sociales que se llevan a cabo bajo el amparo de una disciplina, el ejercicio de una profesión; es decir, encubiertas por un halo de racionalidad que legitima un sentido para sus acciones, pero que en la trama de las significaciones sociales, se establece como estrategia, sea de invocación o de intento de supresión de lo político, puesto que:

Lo político hace intolerable la forma social vigente, la trama de sus normas, revela formas de exclusión, de diferenciación, de jerarquía,

* Profesora-investigadora. Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

de dominación que dejan de ser inherentes a la forma misma de lo social [Mier, 2001:61].

El asunto de la intervención, por brumoso que se nos aparezca, merece ser elucidado —que no reducido, simplificado o acotado en fronteras inequívocas— so pena de excluir de todo análisis crítico, las prácticas disciplinarias de las ciencias sociales, que no podrían entonces ser sino operadas desde el régimen de la eficacia y por lo tanto, como estrategias de perpetuación de las formas de dominación;

[como acciones de] Ese contingente de profesionales que expresa juicios e instrumenta acciones según un inventario de conocimientos y de técnicas expresamente destinado a hacer eficaz el control; toma decisiones a partir de procedimientos, saberes, disciplinas de muy distinta naturaleza y de procedencia heterogénea y cuya racionalidad es ajena a la que rige la gestación y desarrollo de los procesos sociales [*ibid.*:75 y s.].

Es preciso pues, elucidar el asunto de la intervención so pena de que ese cruce, donde un cierto desarrollo del pensamiento sobre lo social signifique la acción, contribuyendo al bosquejo prefigurativo de algún futuro distinto, quede al margen de toda acción emprendida y el desarrollo de aquél pensamiento, quede así reducido a un ejercicio intelectual desligado de toda acción en el campo de lo social.

La ausencia de una discusión seria del tema, sólo sirve para amparar todo tipo de haceres que permanecen "a salvo" del pensamiento crítico.

La intervención ha sido uno de esos problemas sobre los que se debate —cuando ello ocurre— presuponiendo el consenso sobre los sentidos y las inflexiones que se atribuyen al término, con las consecuentes brumas que derivan de presuponer precisamente aquello sobre lo que se pregunta. y para colmo, ya que se trata de una referencia a prácticas heterogéneas, sobre las que —en su singularidad— también se piensa poco sistemáticamente, las confusiones se multiplican. No obstante, un mínimo acercamiento impone la necesidad de aproximar el significado que para la intervención, queremos hacer presente.

Las disciplinas que merodean el campo de lo social, cuando alientan prácticas, es decir, acciones amparadas en un saber profesionalizado, sean

de investigación o sean interacciones con colectividades, dirigidas a producir un cierto impacto sobre ellas, suelen afirmar que desarrollan alguna suerte de intervención.

Si en un sentido laxo, la intervención "es una acción, un tratamiento, una operación" [*Diccionario Larousse*], quedan por verse las condiciones de una acción que sume sus capacidades a la trama de solidaridades y formas de gestión colectiva que constituyen una *voluntad de política*:

entendida como un movimiento afirmativo de creación de ritmos y de tiempos, de vastedad y diversidad de los vínculos sociales, de congregación y reconocimiento de presencias heterogéneas y razones y moralidades heterogéneas [*ibid.*:87].

Algunas de esas condiciones se dibujan y se interrogan a continuación.

Intervenir: un lance

Desde la sociología, la psicología social, el trabajo social, la antropología, la etnología, la epidemiología y quién sabe cuáles otras plataformas (de lanzamiento) disciplinarias, se arrojan (nos hemos arrojado) sobre nuestras sociedades sujetos que actúan trabajando sobre el campo social. Emergen primero —emergentes de una sociedad autorreflexiva— desde la líquida indiferenciación de las masas, y academizados, trepan (ascienden, con todas las connotaciones que se quiera atribuir al acto de ganar altura) por la escalera de algún *expertise*, hasta el trampolín (¿qué tan alto?, ¿desde cuál plataforma?, ¿cuál grado de dificultad en su caída?) que les sirve para volver de modo abrupto y en picada, eventualmente haciendo figuras (y desfiguras) en el aire, de nuevo hasta la líquida indiferenciación de la que surgieron, y que llamamos de manera irreflexiva *lo social*.

Inmersión profunda, violenta, que termina de tanto en tanto en huecos rotos, en disolvencias, en imposibilidad de respirar, en deseo de salir. Nada de lo que pasa en el aire, antes del hundimiento, es propiamente intervención y sin embargo, frecuentemente allí se califica la figura: mejor clavado, cuanto menos salpica. Más *limpio*, se dice.

Cuando la intervención comienza a ocurrir, cuando la inmersión está hecha, no habrá jueces. Habrá cuando mucho, relatos. Sobre las condicio-

nes de su creación discurre este trabajo. Sobre su creación y su uso es decir, sobre su escucha y su interpretación.

Intervenir: ¿interrogar?

Heterogeneidad de prácticas no obstante, la intervención tendría que acompañarse de una herramienta privilegiada: figura de gancho, de anzuelo, los signos de interrogación que se abren y se cierran en aquel que interviene, separándolo del campo de intervención.

Paréntesis deformado, la interrogación delimita la presencia del que interviene, le pone coto, le separa momentáneamente del campo, siendo que es a un tiempo lo que le retiene allí, lo que le vincula. Aquello que le sujeta no es distinto de eso con lo que él mismo sujeta.

El que va de intervención (pues se va de intervención como se va de pesca, de cacería, de excursión, de expedición) va buscando. Sin interrogaciones no busca. Lo que sus preguntas suscitan, atrapan, cuando suscitan atrapan algo son relatos.

Estoy evidentemente, implicando en la idea de intervención una práctica en donde desde el logo (psico, socio, etno, antropo) el interviniente asume de inicio que hay algo por descubrir, algo que no es evidente, que no se sabe de antemano aunque quiera presuponerse hipotéticamente. El que interviene cree, imagina, supone, sospecha, teme, y en cada movimiento del colectivo intervenido en que es tocado, de nuevo cree, *imagina, supone, sospecha, teme*.

El que interviene cree, es decir apela a sus convicciones como asidero para atreverse a formar interrogantes. *Imagina*, por cuanto construye prefiguraciones para un proceso colectivo dentro del que se coloca actuando. *Supone*, como una táctica elemental para rellenar los múltiples huecos de su estrategia, debilitada por lo que ignora del proceso en el que se halla inmerso. *Sospecha* como procedimiento para apartarse de lo obvio que oculta en un paisaje plano y coherente, las abismales contradicciones que convulsionan los procesos colectivos. *Teme* a cada momento el desmoronamiento de su estrategia, el sin sentido de la propia intervención, la ruptura final entre su deseo y el proceso del colectivo, el momento de renunciar a la imaginación que le hace pensar que la intervención es determinante de algo. Para sostenerse, de nuevo, cree.

Cada una de estas operaciones involucra acercamientos ambivalentes respecto del campo de intervención, operaciones complejas cuya materia son las significaciones complejas que se deconstruyen y se crean en el movimiento interrogativo que recibe una respuesta singular, para ser colocada de vuelta en el campo de acción de cuestionar. La misma construcción de interrogaciones apela al sentido construido colectivamente que acoge los actos de la intervención. Lo insólito de las respuestas singulares conmueve los sentidos rígidamente colocados para fracturar, por la vía de las diferencias, lo predecible.

Como emergencia de una actividad autorreflexiva de la sociedad, la intervención va hacia los espacios de la duda y del fracaso, encarnados en colectivos que con frecuencia serán los vulnerados de nuestro tiempo, los incómodos, los anormales. La intervención olisquea las heridas del cuerpo social, los espacios para los que las respuestas disponibles no alcanzan o directamente, no sirven. Sea para reducir las mediante procedimientos de control; sea para proclamarlas incitando la puesta en juego de la experiencia, la memoria y la imaginación en la aparición de movimientos inesperados.

Estos colectivos vulnerados niegan en los hechos todas las visiones idealizadas desde el discurso sobre "la sociedad". Se dice que se trata de espacios *marginales*, más que nada porque se quisieran al margen —lo más lejos posible de nosotros al centro— aquellas amenazas truculentas o sublimes, esos desmentidos perseverantes de toda hipnosis tranquilizadora, que pululan por el tejido irregular de la sociedad.

Nos mandan-llaman a intervenir porque algo anda mal. Primer movimiento imposible: saber qué pasa (como las madres dicen alarmadas a los niños trezados en arduo combate con pasión fratricida: "Niños ¿qué pasa?") En verdad, no quiere saberlo).

Viene (digo *viene* porque el sitio está aquí, entre nosotros, en ninguna otra parte marginal o lejana), viene la trabajadora social a una visita domiciliaria a resultas de una denuncia por maltrato infantil. Viene para saber qué pasa.

Viene un antropólogo a acompañar la peregrinación del peyote invadida de yuppies con vocación de hippies. Viene para saber qué pasa.

Viene un psicólogo social a una organización barrial en crisis, vacía de proyecto. Viene para saber qué pasa.

Viene un sociólogo al círculo de lectura de las reclusas en una cárcel. Viene para saber qué pasa. Viene un epidemiólogo a los jóvenes adictos o a los infectos sidosos. Viene para saber qué pasa.

Para saber qué pasa (tarea por demás imposible, hay que insistir; mera voluntad de elucidación) hace falta interrogar, hay que *trabajar preguntas*. No obstante, la intervención como actividad de interrogar colectividades no define ninguna práctica, ningún matiz, ningún proyecto. Preguntar a secas, no es una política. Intervenir sí tiene la posibilidad de serlo ¿Qué y cómo se tiene que preguntar para saber qué pasa? ¿Qué se les pregunta a los sujetos de la intervención? ¿Qué se pregunta a sí mismo? ¿Quién quiere saber qué pasa? ¿Qué le preguntan estos colectivos a la formación social en la que existen? El *logo* (psico, socio, etno, antropo) es la marca de fábrica de las preguntas trabajadas. El logo es logotipo, marca de agua en el fondo de la página del cuestionario imaginado, cuestionario reconstruido incesantemente, trastocado por la impertinencia de las respuestas, que hacen instantáneamente impertinentes a las preguntas.

Preguntas hay para no saber nada, para ocultarlo todo, para calmar los ímpetus guerreros, para abismarse, para pasmarse, para encender. Los cuestionarios suelen ser artesanía barata para turistas, simulacros de lo que no son. Sin embargo hay preguntas que se trabajan como las piedras de Camille Claudel.

La voluntad de saber qué pasa, después de todo no es sino el comienzo de la expectativa más violenta, la que empuja a-hacia la intervención: saber qué hay que hacer, para que una u *otra cosa* pase, otra distinta de ésta; otra que si se sabe de antemano qué es, coloca a la intervención en el absurdo y en el sin sentido; y si se pregunta, no como pregunta didáctica sino como verdadera pregunta sin respuesta, coloca a la intervención toda, interviniente e intervenidos, de frente a la negatividad, en el borde del imaginario como magma de significaciones, pero también como pulsión de crear. Radicalmente, no *hay* respuesta.

Aún peor (para el que interviene): es imposible saber de antemano lo que ha de preguntar; los vericuetos inesperados de la intervención no permiten prevenciones rigurosas. Palpar el espacio, golpear aquí o allá. Un golpe y sus efectos son la única manera de decidir el siguiente movimiento. ¿Hay una técnica en ello? ¿Una metodología posible? ¿Hay un camino en el sentido más estricto de método, para explorar lo inexplorado?

Presupongo *un colectivo intervenido*, algún tipo de organización, comunidad, familia. No pienso en gente a la salida del metro respondiendo la pregunta de un encuestador, ayuna de una trama activa de solidaridades, por incisivo que esa pregunta fuera. Intervención no es interrogación a secas. Supone sí, sujetos individuales irreductibles al colectivo, pero que no están ahí a título personal, ni para saber o actuar sobre sí, sino por cuanto se saben parte de esa colectividad presente, en marcha, intervenida. Presupongo entonces, una diversidad de versiones recreadas para responder al interviniente. Presupongo tensión entre las respuestas, entre los respondientes. Presupongo la emergencia de sus diferencias y también la agitación de sus pasiones.

Ganchos, anzuelos las preguntas, para atrapar relatos. Para provocarlos. Todos escuchan. No sólo el que interviene. No principalmente. Se escuchan a sí mismos. No esperaban semejantes relatos, semejantes discursos. Todos los que están, se han transformado de pronto en aquél que pregunta y cada cual va tomando cada una de ambas posiciones: la escucha y el discurso. Se oponen a las preguntas de otro como se oponen a las respuestas. Eventualmente se fractura la ficción de identidad como unidad, como mónada, incluso de las facciones previamente constituidas al interior del colectivo. Es preciso negociar de nuevo los acuerdos. Las respuestas que se habían preparado de antemano, ya no sirven.

Presupongo preguntas que no los provocan a pensar en su colectivo como origen y fin de sí mismos. El proyecto está en el centro. En el centro está el afuera, el boceto de un futuro colocado siempre como porvenir. La discusión es política, no terapéutica.

La pregunta era del interviniente al intervenido. ¿Qué pasa? Se vuelve hacia él y el colectivo pregunta al interviniente ¿qué pasa? El interviniente sabe que no lo sabe (puede aun cínicamente hacer como que sabe; puede conducir a las ovejas, puede creer que sabe, puede asumir el omnímodo lugar del saber interpretando que le ha sido depositado transferencialmente. O puede obstinarse en preguntar, porque no sabe).

Se ha abierto la dimensión del relato. En un esfuerzo *por poner al tanto* al interviniente, acerca de los hechos en que se origina su situación presente (experiencia y memoria), comienza la invención de una historia que no es otra cosa que dibujo de futuro. ¿Es la intervención una pedagogía?

Intervenir: ¿escuchar?

La escucha no es un asunto de fácil abordaje y es no obstante, una de las condiciones de la intervención, de esa intervención con vocación política. Están las interrogaciones, pero las interrogaciones—hemos visto— no son suficiente condición. Interrogar ni siquiera obliga a esperar una respuesta, mucho menos —cuando alguien responde— obliga a escucharle. Las preguntas pueden lanzarse y dejarse allí, abandonando el campo (hay prácticas de intervención que operan en esa lógica: lanzar preguntas ácidas violentas, vertiginosamente sucesivas una detrás de la otra, sin los ritmos ni los espacios para el pensamiento y la construcción significativa. Sólo golpes que en su pretensión de derribar los constructos cerrados, obligan a una defensa, sea pasiva o furibunda, de lo existente).

La intervención tendría que hacerse acompañar por una segunda herramienta: la escucha. Entre otras cosas, escuchar tiene que ver con permanecer allí. Es la demora entre un primer movimiento interrogativo y un segundo movimiento respondiente; demora sin la cual las aproximaciones intermitentes de la intervención no serán intermitentes serán un solo golpe, golpe de control o de caos pero golpe de supresión de lo político. La escucha corresponde al movimiento de articulación del interviniente y el colectivo. El momento en el que el flujo de preguntas y respuestas no es la lluvia de municiones disparadas desde una trinchera frente a otra. La escucha es el espacio del intercambio y "el intercambio no es otra cosa, en su sentido más simple, que la donación recíproca, la sucesión rítmica de los gestos de reciprocidad" (*ibid.*: 9). Es la sucesión entre la llegada de la pregunta y su tiempo, la creación de respuestas. Entre el arribo de las respuestas —siempre insuficientes— y de tanto en tanto, la construcción de una nueva pregunta. Hay allí los espaciamientos y la demora que imponen los ritmos de la acción colectiva.

La intervención inicia con una pregunta construida para hallar el hueco en el sistema de respuestas preconstruídas y provocar así, a la invención por necesidad (el que luego de preguntar escucha, fuerza al otro por una respuesta que no tiene). En la respuesta demorada comienza a aparecer el potencial imaginativo de la colectividad intervenida. Escuchar no es simplemente atender a la respuesta.

En la escucha se halla también el segundo expediente del logo puesto a andar. Esa figura que en la pregunta impone su marca sobre la respuesta (psico, socio, etno, antropo). Sin embargo, escuchar tiene que ver con el hallazgo de lo que no estaba prefigurado en la pregunta, aunque algo en ella invocara un tono, un rasgo, un matiz.

Evidentemente el que interviene no se despoja de los conocimientos y técnicas con que se ha equipado. Ni tendría porqué hacerlo. Ni tendría que ser neutral. En la primera parte de este texto jugábamos con la imagen del clavadista que vuelve al agua de la que había emergido y —entre otras cosas— al volver, se disuelve. No tiene el interviniente pese a su marca de logotipo, una posibilidad de significación radicalmente distinta de la que comparte con el colectivo intervenido. No es un *ser fuera* de lo social ni tendría que serlo. Toda pretensión de distancia, de neutralidad, de asepsia, de imparcialidad es una farsa que tiene por objeto el empoderamiento de su discurso sobre el proceso del otro. Su escucha es desde adentro del espacio intervenido, si es que pretende escuchar algo. El interviniente tiene un *lugar diferenciado* respecto a los demás. Ese lugar es el *trabajo* que realiza interviniendo. Es una posición respecto a la acción del colectivo. La acción del colectivo no es su acción. Su acción es la intervención. Cuando propone las preguntas marcadas con su logo, coloca el logo a disposición del colectivo y no al colectivo a disposición del logo (al menos, no debiera).

Su escucha corresponde a la introducción de las pausas necesarias para el intercambio, para el ejercicio de la memoria, para la significación de la experiencia, para la creación de posibilidades de acción, y en el mejor de los casos, para la aparición de un proyecto.

Su escucha como acto, fuerza la escucha de los otros respecto de ellos mismos. Fuerza la ampliación del colectivo hacia los espacios de la heterogeneidad. Su escucha corresponde a una suerte de violencia, puesto que abre espacio para la diferencia que es persistentemente temida desde la identidad vivida como completud, como reminiscencia monádica. Su escucha se vuelve un imperativo para el grupo (¡Escúchense!) y cuando escucha, escuchan simultáneamente todos los demás.

Después de la primera pregunta ya no le queda la exclusividad sobre ninguna operación como no sea la exclusión respecto de la acción del colectivo. ¿Es la intervención abstinerente?

Intervenir: ¿interpretar?

Cuestión debatida desde hace años, el lugar de la interpretación en las intervenciones parecía remitir siempre al referente psicoanalítico, al trabajo con lo inconsciente. René Lourau nos pedía a gritos que huyéramos de la interpretación como de la peste. Se refería a la interpretación psicoanalítica. Pero está un problema anterior, que por fuerza se plantea respecto de la interpretación: ¿Es el discurso del colectivo intervenido, objeto propicio para una operación hermenéutica? (ciertamente, al introducir la expresión "discurso del colectivo", doy lugar a otro debate que excede a este espacio, y que corresponde a la cuestión sobre si hay el *discurso de un colectivo* o quién es el sujeto del discurso. Si el discurso remite siempre a lo colectivo por el carácter imprescindible social del lenguaje, si sólo el sujeto en su singularidad es el autor de un discurso también singular. Para eludir esa discusión preguntaremos: ¿Son los *discursos* producidos en la intervención, objetos propicios para una operación hermenéutica?). ¿No supone la interpretación por su misma naturaleza, una configuración de sentidos y significados que están ya allí y sobre los cuáles solamente queda conseguir su correcta comprensión? Probablemente no, desde la perspectiva que aquí se ofrece. Justamente, en esta sucesión ritmada de movimientos de interrogación, escucha, respuesta, escucha, respuesta, escucha, interrogación, la operación de intervenir *no sería privilegiadamente una operación de interpretar*, al menos no más allá de un esfuerzo razonable por comprender lo que el otro ha querido plantear. Uno de los riesgos que la posición de intérprete supone, es la imposición de un significado, de un sentido, más allá de la voluntad del autor. El interviniente que trabaja desde una perspectiva de incitación de lo político, no podría asumir esta posición interpretante, amparado en relaciones transferenciales, para imponer su discurso encubierto bajo el bien conocido truco de afirmar: "Lo que usted quiere decir es..." Si bien sus interrogaciones han sido elaboradas desde una cierta lectura sobre el colectivo en cuestión, y quizá, en un sentido muy simple, ya ha interpretado algo, no puede más que preguntar si el sentido que cree entender se corresponde de alguna forma con lo que se encuentra en la discusión. Sobre todo se preocupa por saber de qué se habla, por preguntar qué se está escuchando, por deconstruir los espacios de significación que siendo nebulosos se simulan como transparencias para sostener la

ficción de la unidad y anular así la diferencia, por temor a las fracturas paralizantes, a las rupturas, al conflicto.

La intervención que imagino es y se dirige hacia la acción social. No es una intervención terapéutica. Asume la oscuridad, la densidad, la complejidad del campo en el que actúa, pero no debiera caer en la ingenuidad de esperar con sus acciones, transparentar, simplificar, descomponer. Sabe que se mueve entre dos abismos: la negatividad y la restauración. La negatividad como ruptura, como rechazo, como experiencia de pérdida irreparable, de fractura definitiva, de imposibilidad de cumplimiento cabal de las promesas. La restauración como repetición, pulsión de muerte, refugio retrospectivo a la mónada transformada en sepultura como único resquicio para la paz definitiva. Entre los dos abismos, la imaginación radical, la creación de lo social.

Como operación deconstructiva, la intervención solicita todos los matices posibles de las expresiones y de las experiencias, se vale de la multiplicidad de los relatos, de la heterogénea composición de lo colectivo, en una operación incluyente, contraria a toda normalización y homogeneidad. Más que dirigirse hacia la restauración de los acuerdos y la identidad homogénea, esférica, completa, la intervención busca los espacios de la diferencia para abrir paso a la negociación posible, incluyente, en tomo a la necesidad de impulsar un proyecto, colectivamente gestionado, de gestión colectiva de lo social. "La autonomía no puede sino generar autonomía" (Castoriadis).

En la intervención así pensada, no se trata de uno que interpreta a los demás en virtud del lugar diferenciado que se le asigna. Se trata de la interpretación de todos los discursos desde todas las escuchas, en la búsqueda de los espacios para las redes de solidaridad que sostienen al colectivo actuante. En esa pluralidad interpretante, como en la escucha, el meollo de la interpretación (por así llamarle) del interviniente, es solamente la posibilidad de dar soporte a la introducción de heterogéneas lecturas sobre los avatares de un colectivo en movimiento. ¿Es la intervención la construcción de un discurso?

Intervenir: ¿significar?

Tenemos entonces una serie de encuentros en los que se hace el recuento de las quejas, y en una especie de juego genealogista, se buscan las anécdotas cotidianas de la contradicción. Se mira hacia atrás y se relata la historia de un proyecto, de un colectivo actuante, se rescatan sus archivos. Aparecen las versiones, heterónomas, de lo que les dijeron que era. La pluralidad de experiencias descompone esa unidad mítica primigenia y se busca en la memoria del colectivo, el sentido de su organización. Esa mirada hacia atrás introduce otra espacialidad y otra temporalidad en la reflexión del colectivo, en una forma radicalmente diferente de la extrema vorágine de la eficiencia administrativa o del movimiento sin fin de las utopías mesiánicas. Introduce una temporalidad en la que la finalidad de sus acciones es también expresión de la finitud de los sujetos.

Como trazo del futuro porvenir, el proyecto inscrito en la perentoriedad de un colectivo singular se significa en un don, alianza, solidaridad con los que por ahora no existen. Su voluntad de acción *responsable*, responderla ante la mirada de una comunidad futura, que todavía no interroga sino en el plano de lo simbólico.

En la certeza de la inminencia de la desaparición, en la experiencia de la muerte, de la finitud, se señala la fuerza y la eficacia del umbral simbólico que marca, separa e identifica tiempos y presencias, es en él donde se funda la alianza comunitaria como una forma de memoria y de solidaridad social, es donde se encuentra el sentido el acto político [*ibid.*:64].

Se trata de una extensión temporal —se extiende la trama de los afectos y las solidaridades—, extensión que descoloca la usura inmediateista de los triunfos obtenidos o esperados como ganancias para sí. Es esta experiencia de finitud espacio-temporal sujeta en la mirada de lo que ya fue, en la revisión de sus archivos, cuando el colectivo tiene la posibilidad de significar sus acciones por la autonomía. Todos sus registros sobre sus acciones pasadas, como todo archivo, son resguardo de la memoria, en el sentido ambivalente de la expresión. Acciones y experiencias pasadas que se resguardan, se ponen a salvo de la memoria, es decir, se ocultan, se escamo-

tean al tiempo que se resguardan del olvido por cuanto el archivo queda como huella, registro. La revisión del archivo no tiene otra posibilidad que la alteración, la colisión con el resguardo. Como memoria viva, la reconsideración de la historia de un colectivo es la significación del pasado como motivo y justificación de un futuro prefigurado para el que se actúa. Toda huella convertida en consigna heterónoma, proveniente de las ausencias mitificadas, de las leyes heredadas por el *fundador* (siempre hay un espectro de un fundador al menos, presente), como los sarcófagos abiertos, se hacen polvo al contacto con el aire nuevo. En cambio, perseveran las huellas hechas aperturas para un futuro que no puede predeterminarse. El pasado, más que recordarse, se significa con la marca negativa del presente, y la ambición de futuro, como invención de lo diferente, radicación del deseo. El interviniente convoca a los espectros e incita a afrontar su condición de tales y la de los vivos como espectros del futuro. En este movimiento se involucra la imposibilidad del control sobre las consecuencias, los efectos, los impactos y las incidencias de la acción colectiva. Se instauro la diferencia entre el deseo prefigurativo y sus estrategias para la acción respecto del espacio de lo futuro como imprevisible y cuya imprevisibilidad preserva la calidad instituyente de los sujetos del porvenir, condición necesaria para la historia.

Bibliografía

- Castoriadis, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona, 1983.
- , *Figuras de lo pensable*, FCE, Buenos Aires, 2001.
- Derrida, Jacques, *Mal de Archivo*, Trotta, Madrid, 1997.
- Mier Garza, Raymundo, "Apuntes para una reflexión sobre comunicación y política", en *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, n. 10, UAM-Xochimilco, octubre de 2000.